

El calendario de la rebeldía no se espera, se construye

Javier Elorriaga

Desde tiempos antiguos, las élites gobernantes fabrican calendarios de acuerdo con el mundo político, que no es sino un mundo que excluye a los más. Y la disparidad entre esos calendarios y los que son vida abajo es la que provoca los terremotos en los que abunda nuestra historia.

(SCI MARCOS, *OTRO CALENDARIO: EL DE LA RESISTENCIA*. ENERO: OAXACA, LA PRIMERA ESTELA, 2003)

A lo largo de los últimos números de *Rebeldía* hemos hablado mucho de los calendarios, de los que nos imponen de arriba, hemos dicho, y los que se construyen abajo. En este artículo, trataré algunos casos concretos de nuestra historia reciente que muestran que esto de los calendarios no es solamente una forma de hablar o escribir utilizando alegorías, sino una práctica y una enseñanza, del modo de hacer política de los zapatistas.

El primer ejemplo que ya debería de estar siempre presente en nuestra memoria, tanto colectiva como individual, tiene que ver con el 1 de enero del 94, sí, con la aparición en escena de miles de combatientes indígenas que peleaban bajo las siglas de EZLN, a contracorriente de lo que pasaba y se pensaba, no sólo a nivel nacional sino inclusive en el mundo. Entonces —lo hemos dicho ya en artículos recientes de *Rebeldía*, por lo tanto no nos extenderemos mucho—, la izquierda nacional y mundial parecía haber perdido la fe en sus banderas históricas de lucha. Parecía que el capitalismo era invencible y que no se podía hacer nada más para pelear contra él, y menos si se pensaba en una insurrección armada. Sin embargo, el zapatismo apareció en el escenario de la política y le dio un vuelco a este país, y se inició la larga caída al abismo de todo el sistema político mexicano. El calendario de arriba, entonces, no tenía

lugar para otra cosa que no fuera aceptar las reglas del gran capital o morir en el olvido bajo la represión directa o de hambre, miseria y enfermedades perfectamente curables si no fuera la lógica del dinero la que mandara. Pero los zapatistas surgieron a la luz pública para, con su ¡Ya Basta!, demostrar que había otro futuro posible: el de la dignidad, la libertad, la justicia y la democracia para todos.

Durante diez años, cuentan los propios zapatistas, hicieron a un lado el calendario de arriba que pretendía regir sus vidas y fueron construyendo, en silencio, su propia historia. Y así, el primero de enero de 1994, fecha de gran celebración para el calendario de arriba por la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, su acción consciente nos abrió a todos, amigos y enemigos, otro calendario: el de la rebelión y el de la entrada a la vida nacional de actores políticos que siempre habían sido despreciados y excluidos. Los realmente nunca vistos y oídos por el Poder le dijeron: hazte a un lado que aquí estamos. Y llegamos para quedarnos. El zapatismo, en esos primeros días y meses de 1994, hizo cachitos el calendario de arriba y no sólo agregó una fecha de rebeldía para celebrar en años venideros, sino que nos enseñó que, si se lucha y actúa en consecuencia, no todo está escrito ya; queda un futuro y un lugar en nuestra Patria para la mayoría silenciada y oprimida.

Pero sigamos recordando esos primeros meses del 94, para ver otro ejemplo de lo que significa el calendario que se construye abajo, para rebelarse contra el arriba. Durante los cinco primeros meses de aquel año se vivió una efervescencia política y social como hacía muchos años no ocurría en nuestro país. No era solamente que cientos de miles tomaran las calles de las ciudades para protestar contra el mal gobierno y exigir una paz justa y digna con los zapatistas, sino que por todo el país despertaban o nacían viejas y nuevas rebeldías. La clase política ya no era el único actor en el escenario: a lo largo y ancho del país florecía la organización, independiente de los mecanismos de control ejercidos desde

el Poder; en comunidades indígenas, escuelas y universidades, colonias, sindicatos, pequeños colectivos de todo tipo. Junto con los indígenas, alzaron la voz de nueva cuenta los colonos, los estudiantes y maestros, los y las trabajadoras sexuales, las mujeres, las organizaciones campesinas, y un largo etcétera. ¡Vamos!, hasta los no vistos y oídos de la clase política autollamada de izquierda, tan bocabajeados meses antes, se volvieron a sentir fuertes. Aunque eso sí, nacidos del sistema político mexicano, no supieron hacer otra cosa que seguir jugando con las reglas del sistema, sin entender entonces que éste había sido tocado de muerte por la insurrección zapatista y lo que ésta había despertado en la sociedad.

El Poder, sacudido por la irrupción en la vida política de quienes pensaba que no existían más que para robarles la riqueza que generan con su trabajo, actuó de la única forma que sabía hacerlo. Mientras buscaba ganar tiempo frente a los zapatistas —y enviaba a su ejército de ocupación para rodearlos y mantenerlos, según él, bajo control mientras preparaba el golpe final—, y resolvía con sangre sus disputas internas —asesinando a su propio candidato presidencial y al presidente de su partido—, era también obligado a ceder en algunas de las demandas de la clase política para intentar tranquilizarla; por ejemplo, con la reforma electoral que hizo algunos cambios dentro del Instituto Federal Electoral, supuestamente quitándose fuerza en su dirección al aceptar la entrada de los llamados consejeros ciudadanos que teóricamente no están bajo el control de ninguno de los partidos políticos, sino de la sociedad. Curioso que hoy en día, en el 2010, mes de octubre, que celebran, para variar, con cocteles y conferencias, los 20 años del IFE y su papel tan importante para la democracia mexicana, según ellos, ninguno de los laureados invitados en sus celebraciones haya tenido la mínima decencia para decir que los pocos cambios que hubo



en el sistema electoral en ese 94 fueron gracias a la presión social que despertó la insurrección zapatista. En fin, piensan que con mentir y olvidar, la historia les da la razón, allá ellos.

Pero bueno, mal que bien, el sistema logró capear el temporal en su seno y logró que la clase política volviera a convencerse de que el calendario volvía a estar bajo su control y la fecha importante que regía todo eran las elecciones para presidente que se celebrarían en el verano de ese 94. Millones de pesos se destinaron a comprar conciencias, amarrar lealtades entre dirigencias de sindicatos y organizaciones sociales, millones más en campañas de propaganda para mantener lo electoral en la primera plana. La izquierda oficial, siempre tan pequeña de miras, pensó que podría aprovecharse del levantamiento indígena y el encabronamiento general contra el gobierno, y siguió centrada en la ilusión electoral, como si nada hubiera pasado.

¿Y los zapatistas? En sus comunidades, en su territorio bajo control a pesar del cerco militar, aprendiendo de, y conociendo a, la sociedad civil que llegaba por millares a las comunidades zapatistas para llevar apoyo material y moral, y para conocer de cerca a las comunidades indígenas que dieron su sangre por un *para todos todo, nada para nosotros*. Los zapatistas, que llevaban diez años preparándose para la guerra, inmediatamente entendieron que había otro camino que hacer, sin el uso de las armas ofensivas por el momento: el de construir con toda esa gente del México de abajo otro futuro, buscando otras opciones a la armada. La gente los apoyó en sus demandas, hizo suyas sus aspiraciones de un México justo y digno para todos y les pidió que buscaran construirlo juntos, sin saber bien a bien todavía cómo, pero con mucha esperanza y confianza en el pueblo como guía. La clase política, mientras tanto, prometía lo de siempre: todo cambiará desde arriba si me eliges a mí para que ocupe la silla del Poder. Es tiempo de hacerlo, estamos en la puerta de elecciones presidenciales, era su mensaje y guía para su práctica.

Los zapatistas, entonces, en junio del 94, lanzan una iniciativa política que buscaba salirse del círculo vicioso del calendario electoral, y dan a conocer la Segunda Declaración de la Selva Lacandona y explican:

“...Hoy no llamamos a los fallidos poderes de la Unión que no supieron cumplir con su deber



constitucional, permitiendo que el Ejecutivo Federal los controlara. Si esta legislatura y los magistrados no tuvieron dignidad, otras vendrán que sí entiendan que deben servir a su pueblo y no a un individuo, nuestro llamado trasciende más allá de un sexenio o una elección presidencial en puerta. Es en la SOCIEDAD CIVIL, en quien reside nuestra soberanía, es el pueblo quien puede, en todo tiempo, alterar o modificar nuestra forma de gobierno y lo ha asumido ya...

“Nuestro camino de fuego se abrió ante la imposibilidad de luchar pacíficamente por derechos elementales del ser humano. El más valioso de ellos es el derecho a decidir, con libertad y democracia, la forma de gobierno. Ahora la posibilidad de tránsito pacífico a la democracia y a la libertad se enfrenta a una nueva prueba: el proceso electoral de agosto de 1994. Hay quienes apuestan al periodo poselectoral predicando la apatía y el desengaño desde la inmovilidad. Pretenden usufructuar la sangre de los caídos en todos los frentes de combate, violentos y pacíficos, en la ciudad y en el campo. Fundan su proyecto político en el conflicto posterior a las elecciones y esperan, sin nada hacer, a que la desmovilización política abra otra vez la gigantesca puerta de la guerra. Ellos salvarán, dicen, al país...”

Para sacar a la movilización del abajo del calendario electoral que imponía la clase política y que, en resumidas cuentas, volvía a dejar en sus exclusivas manos y mañas el destino de toda movilización, lo que proponen entonces los zapatistas es un diálogo nacional, mediante la convocatoria a una “Convención Democrática, nacional, soberana y revolucionaria, de la que resulten las propuestas de un gobierno de transición y una nueva ley nacional, una nueva Constitución que garantice el cumplimiento legal de la voluntad popular. El objetivo fundamental de la Convención Nacional Democrática es organizar la expresión civil y la defensa de la voluntad popular”.

Una vez más, los zapatistas nos demostraban que otro calendario se podía construir desde abajo y que no teníamos por qué seguir atados a las fechas y plazos que desde arriba nos dictan. No sería la primera vez que lo hicieran. Ni la última.

El siguiente ejemplo de esto lo podemos encontrar si damos un salto en nuestra revisión del pasado cercano y nos vamos hasta mediados del año de 1998. Para entonces, el gobierno federal había demostrado, sin lugar a dudas, que poco le importaba la construcción de una paz justa y digna con los zapatistas. Los había traicionado y atacado militarmente, había roto su palabra dada y se pasaba por el arco del triunfo su

firma en la Mesa I de los Acuerdos de San Andrés, y no sólo mantenía a su ejército federal de ocupación sobre las comunidades indígenas, sino que llevaba a cabo un violento ataque, usando al pelele gobierno estatal, contra los municipios autónomos zapatistas, causando muerte, encarcelamientos y desplazados en diversas regiones del territorio zapatista. La izquierda electoral, mientras tanto, estaba satisfecha al haber logrado ganar el gobierno del DF y volvía, una vez más, a considerar como único posible el calendario electoral para el 2000, donde de nuevo suspiraba por ocupar la presidencia del país. En la práctica, demostraba que ya hecha gobierno poco se podía esperar de ella si se quería realmente un cambio para los de abajo. Con más recursos a su alcance, mayor era también la red de complicidades que tejía gracias a la corrupta utilización de los recursos públicos; cada vez se alejaba más de quienes la habían apoyado electoralmente pensando que así se lograría un cambio.

¿Y los zapatistas? Después de varios meses en silencio, fortaleciendo en su territorio la construcción de la autonomía, en los hechos, sin esperar ya el permiso de nadie o cualquier acción por parte del gobierno, sacan en julio del 98 la Quinta Declaración de la Selva Lacandona. En ella, después de explicar cómo habían utilizado el silencio como un arma contra las mentiras, las traiciones y los ataques del mal gobierno, los zapatistas explican también que han estado observando cómo la sociedad no se ha rendido y mantiene la movilización desde distintos frentes, a pesar de la feroz represión por parte del Estado y el intento de corromper cualquier espacio de organización independiente. “Vimos —dicen los zapatistas— a otros que antes no vimos. Vimos que la lucha por la paz sumó ella, y no nosotros, a gentes nuevas y buenas, hombres y mujeres que, pudiendo optar por el cinismo y la apatía, eligieron el compromiso y la movilización”.

Así, después de explicar cómo del gobierno sólo se puede esperar la guerra y cómo la sociedad no se rindió en la búsqueda de una paz justa y digna, los zapatistas deciden darle una última oportunidad ya no al gobierno, sino al sistema político mexicano todo y lanzan, con la V Declaración, una movilización para luchar por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indios y por el fin de la guerra de exterminio. Para construir dicha movilización, el EZLN anuncia:





“Como parte de esta lucha a la que llamamos en esta Quinta Declaración de la Selva Lacandona por el reconocimiento de los derechos indígenas y por el fin de la guerra, ratificando nuestro ‘Para todos todo, nada para nosotros’, el EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL anuncia que realizará directamente y en todo México una... Consulta Nacional sobre la iniciativa de Ley Indígena de la Comisión de Concordia y Pacificación y por el fin de la guerra de exterminio. Para esto nos proponemos llevar la iniciativa de ley de la Comisión de Concordia y Pacificación a una consulta nacional en todos los municipios del país para que todos los mexicanos y mexicanas puedan manifestar su opinión sobre dicha iniciativa. El EZLN enviará una delegación propia a cada uno de los municipios de todo el país para explicar el contenido de la iniciativa de Cocopa y para participar en la realización de la consulta”. Y para esto, llama a: “Los pueblos indios de todo México a que, junto a los zapatistas, se movilicen

y se manifiesten exigiendo el reconocimiento de sus derechos en la Constitución... Los hermanos y hermanas del Congreso Nacional Indígena... A los trabajadores, campesinos, maestros, estudiantes, amas de casa, colonos, pequeños propietarios, pequeños comerciantes y empresarios, jubilados, discapacitados, religiosos y religiosas, jóvenes, mujeres, ancianos, homosexuales y lesbianas, niños y niñas, para que, de manera individual o colectiva participen directamente con los zapatistas en la promoción, apoyo y realización de esta consulta, como un paso más a la paz con justicia y dignidad... A la comunidad científica, artística e intelectual... A las organizaciones sociales y políticas... A los partidos políticos honestos y comprometidos con las causas populares para que otorguen todo el apoyo necesario a esta consulta nacional... Al Congreso de la Unión para que asuma su compromiso de legislar en beneficio del pueblo... A la Comisión de Concordia y Pacificación...”

Así, miles de compañeras y compañeros bases de apoyo zapatistas salieron de sus comunidades y, gracias a la organización de los de abajo, se trasladaron a todos los municipios del país, sin salarios ni recursos provenientes de fondos públicos, para apoyar la organización y realización de la consulta. Y salió perfecto gracias a la organización y decisión de tod@s, sin mendigarle al gobierno o a la clase política ni el dinero ni los recursos materiales para esta inmensa movilización. Una vez más, los zapatistas se salían del calendario del Poder y las falsas ilusiones que de éste se desprenden al querer marcar todos los ritmos de la lucha política y la situación nacional bajo sus ritmos: para variar, los ritmos de la vía electoral como la única posible para cambiar las cosas. Imagínese nomás. Frente al mensaje del Poder de que hay que esperar los tiempos electorales para poder cambiar, se lanza la consulta por los derechos de los pueblos indios, no sólo para meterlos de nuevo en la agenda nacional sino, con la salida de los compas, forjar una nueva propuesta de construcción desde abajo y de consulta real a todos los habitantes, sobre uno de los temas fundamentales para la vida nacional. Se construye así un nuevo calendario y otra geografía con otra propuesta política, diferente a la emanada desde el Poder. Un paso más en el largo camino de la autorganización popular.

Pero sigamos, sigamos, demos otro salto en la historia reciente. Después de la traición ya no sólo del gobierno, sino del Estado en su conjunto y toda su clase política, al aprobar en el año 2001 una ley indígena que nada tenía que ver con lo acordado en los Diálogos de San Andrés y que, por lo tanto, no resolvía, ni siquiera en el papel, el desprecio, la violencia y el olvido con que la Nación ha tratado a los pueblos indígenas, el EZLN vuelve al silencio. Mientras en las comunidades se avanza en la construcción de lo que después se conocerían como las Juntas de Buen Gobierno. Es decir, se

afianza la construcción de la autonomía y del mandar obedeciendo en los hechos.

La clase política, ya por completo alejada de la realidad en que viven millones de mexicanos; realidad que es causada por la política económica impulsada por los mismos políticos que dicen ser nuestros representantes; se encontraba de nuevo ilusionada con un nuevo, y siempre repetido, calendario electoral. La autollamada izquierda que, en la práctica, desde el poder en la Ciudad de México y algunos estados y ciudades más, actuaba igual que sus antecesores de otros partidos, no tenía mayor ocurrencia que decirle a sus seguidores *sonríe, vamos a ganar*. Por lo menos podrían haberles dicho prepárense en serio para evitar que de nueva cuenta haya fraude electoral, ya que ése era su horizonte máximo. Pero no, sonríe decían, no te importe que el país se haga pedazos, que la violencia del narcotráfico —gracias a que ahí participa toda la clase política sirviendo a uno u otro bando— sea mayor cada día; que con tu salario, a pesar de las horas extras que trabajas y no te pagan, cada vez alcance para menos; que se vaya hundiendo todo por lo que luchaste tú y lucharon tus padres y abuelos; deja tu destino en nuestras manos y sonríe. ¡Qué fácil! ¡Qué huevos!



¿Y los zapatistas? Después de avanzar en la conformación de la Juntas de Buen Gobierno, es decir, en fortalecer los mecanismos de las comunidades para ir construyendo el mandar obedeciendo y relaciones sociales basadas en la cooperación y no en el agandalle de unos pocos sobre la mayoría, los zapatistas nos explican que ya es totalmente claro que de la clase política no podemos esperar absolutamente nada; que lo que hace falta es acabar con el sistema capitalista basado en la explotación, el despojo, la represión, el racismo y desprecio hacia la mayoría y con el sistema político que permite al capitalismo seguir funcionando, y para eso lanza la iniciativa de construir La Otra Campaña; para hacer posible que los de abajo, la mayoría en este país, pueda tomar la iniciativa política sin esperar los calendarios de arriba que, una vez más, volvían a marcarse con el tiempo electoral. Con la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y el recorrido de la Comisión Sexta del EZLN por todo el país, una vez más gracias a la organización desde abajo, sin pedir, esperar ni recibir nada del Estado y sus partidos, los zapatistas nos vuelven a enseñar cómo se construye otro calendario y otra geografía, desde abajo. Los

zapatistas nos volvieron a demostrar que podemos confiar en nuestras propias fuerzas para andar los caminos de la liberación nacional.

Podríamos seguir buscando ejemplos, hablar de la salida de los mil 111 bases de apoyo a la Ciudad de México, de la salida de la Comandanta Ramona también al DF, de la Marcha del Color de la Tierra y de tantas otras iniciativas políticas que han hecho los zapatistas a lo largo de todos estos años para enseñarnos, y demostrarnos, que no podemos seguir siempre actuando bajo las reglas y los calendarios y la geografía del Poder si de verdad queremos que este país cambie.

Todas esas iniciativas, toda esa construcción de diversos calendarios de resistencia y rebeldía desde abajo, de desmarcarse de las reglas y los tiempos que el sistema político impone, han ido ayudando en la construcción de una política desde abajo y a la izquierda para ir cambiando nuestro México.

Que ha sido largo y difícil el camino, claro, lo ha sido, no es que se tenga un recetario o un manual donde se nos diga nada más qué hacer y cuándo hacerlo. Los tiempos van cambiando y las propuestas políticas y organizativas que se proponen tienen que ver eso, sin olvidarse de los principios que rigen al movimiento claro está. Por eso, a lo largo de todos estos años los zapatistas no han perdido su autoridad moral, porque mantienen sus principios y en ellos nos reconocemos millones de mexicanos. Ellos han construido a lo largo de los años, desde antes del 94, un movimiento, con principios y objetivos claros, y, consecuentes con eso, han propiciado diversas movilizaciones sin salirse de los objetivos centrales. Y nunca escogen el camino fácil, adecuándose a lo que desde arriba dicen que tiene que ser, ni ven nada más para ellos solos, como hace la clase política, sean cuales sean las siglas que utilice. Por eso, siguen siendo la única esperanza real para tantos que sueñan, y buscan construir, no sólo un nuevo México, sino un nuevo mundo.



Y no es poco lo que se ha logrado, gracias al sacrificio de las comunidades indígenas zapatistas y de tantas personas, organizaciones, colectivos, familias, de nuestro pueblo honesto pues, que no se ha rendido en todos estos años. Hemos ido construyendo otra forma de hacer política, forjando una conciencia de lucha, logrando certezas sobre la posibilidad real de cambiar las cosas, desatando no sólo la seguridad de que podemos cambiarlas, sino también aprendiendo cómo organizarnos sin depender del sistema político, sus corruptelas y sus falsos plazos. Tenemos pues, experiencia, confianza y certeza de que nuestra lucha, la que ha sido y sobre todo la que falta, contribuirá con otras luchas para que por fin, algún día, México sea un país donde la democracia, la libertad, la justicia se vea en los hechos de la vida cotidiana, para todos. Y todo eso no es poco. Es la lucha, ni más ni menos.

Ahora bien, después de leer este mínimo ejercicio que nos demuestra que es posible construir un calendario político desde abajo y a la izquierda, en lugar de esperar sonriendo a los profetas de la supuesta salvación, ¿vamos a estar desesperados esperando a cuando los zapatistas vuelvan a sacar uno con una nueva iniciativa política? ¿Vamos a esperar que alguien nos dicte una agenda para el qué hacer?

¿O vamos a ayudar a construir un calendario desde ya, en la vida diaria, para estar a

tono con la necesidad actual y apremiante de que ya es tiempo de darle un empujón más al presente?

Muchas luchas podemos continuar y empezar, hacia donde volteemos hay injusticias, agravios, atropellos. Fortalezcamos nuestras organizaciones, grupos, colectivos, cooperativas, bandas, círculos de estudio, todo lo que nos permite organizarnos abajo y a la izquierda. Busquemos a los otros que con ellos somos La Otra. Hablemos con vecinos, compañeros de trabajo, familiares, conocidos y sembramos la rebeldía entre ellos, es decir, platiquémosles quién es el culpable de su rabia y que nada puede esperar ya de este sistema económico y político, de quienes ejercen o suspiran por el Poder y sus patrones, aquellos que se apropian de la riqueza social que producimos la mayoría. Acerquémonos a quien lucha para dar nuestra solidaridad en los hechos. Difundamos la realidad del abajo por la culpabilidad de los de arriba, no dejemos pasar una afrenta más sin informarla lo más que podamos, denunciando a los responsables. Creemos y fortalezcamos pues los lazos horizontales del abajo y a la izquierda; cada vez serán más necesarios así como va el país. Con eso podemos empezar, seguir, no sólo esperar. Ayudemos a construir nuestro calendario rebelde, abajo y a la izquierda.

